

## DECLARACIÓN INCREÍBLE, OPORTUNIDAD DESAPROVECHADA

**Falsedad o Irrealidad.** Como la música, en el arte de la política los silencios son tan importantes como los sonidos. Recientemente el presidente dejó pasar la ocasión de echar mano del silencio para sortear un asunto embarazoso y, peor aún, perdió la oportunidad de usar el sonido de la verdad para marcar la diferencia entre el pasado autoritario y un posible futuro democrático. No debe haber hecho ni lo uno ni lo otro y, en cambio, insistir en que materia de sucesión presidencial las cosas fueron como deberían haber sido y no como sabemos que realmente ocurrieron, es mentir deliberadamente a vivir en la irrealidad, y no es cosa fácil saber que es peor.

Las consideraciones anteriores son una reacción a lo afirmado por Ernesto Zedillo en relación a su designación como candidato presidencial del partido de Estado el 29 de marzo de 1994, seis días después del asesinato del candidato original, Luis Donaldo Colosio. La desafortunada declaración presidencial -"el presidente de México no escoge a su sucesor"- fue hecha a la cadena de televisión norteamericana, Univisión. Su origen fue una pregunta formulada por los dos entrevistadores -ambos mexicanos- en torno a los factores que desembocaron en la candidatura presidencial de Zedillo bajo las siglas del PRI. El rechazo tajante del doctor Zedillo a la insinuación de que el entonces presidente Carlos Salinas hubiera sido el factor determinante para que él ocupara el lugar de Colosio,

simplemente contradice todo lo que se ha escrito sobre la materia.

De ser cierta que en México el presidente no escoge a quien le ha de suceder, entonces habría que rechazar todo lo publicado hasta hoy, aquí y en el extranjero, sobre la naturaleza del poder presidencial en México. La increíble aseveración de que "El Presidente de México no escoge a su sucesor", no vino sola, sino que fue acompañada por otra del mismo tenor: "Yo [Zedillo] fui candidato bajo las reglas y procedimientos de mi partido. Fui electo presidente de México no por la voluntad de un voto {el de Salinas}, sino por más de 17 millones de votos". El remate a ese reclamo de legitimidad fue el siguiente: "lo que dice la tradición oral es que el Presidente en turno tiene enorme influencia, no determinante, en la elección del candidato" (*Reforma*, 24 de octubre).

Lo que la historiografía del siglo XX mexicano, y no sólo la "tradición oral", nos dice sobre el tema, es que "las reglas y procedimientos" reales -no las de los estatutos- del PRI y de sus antecesores, el PNR y el PMR, consisten en que el candidato de ese partido de Estado no es designado por las instancias formales del partido, sino que estas simplemente ratifican lo decidido por el poder real. La bibliografía al respecto es amplia, pero es suficiente con volver a leer a Daniel Cosío Villegas (*La sucesión presidencial*, México: Mortiz, 1975) y la revisión que él hace de varias sucesiones presidenciales, para comprobar que no es el partido sino el presidente saliente el

que designa a su sucesor, aunque no sin antes negociar, maniobrar y engañar, para finalmente seleccionar al que más le conviene de entre un pequeño grupo de miembros del gabinete. Si el lector no gusta de la politología, puede recurrir a las obras de Luis Spota y llegar a la misma conclusión.

Un recorrido por la historia política del México contemporáneo, nos muestra que en materia de sucesión presidencial, el papel del partido de Estado y de sus supuestos "actores centrales", secundario frente a la voluntad del personaje que realmente dirige la vida interna de ese partido y que le ha facilitado los abundantes recursos que le han permitido llevar adelante sus exitosas campañas electorales. Esa es al menos la historia desde 1929 hasta que Zedillo fue designado candidato presidencial del PRI, quien sabe como se escribirá la historia del año 2000.

**Los Orígenes.** Desde que se restableció el orden político en la segunda mitad del siglo XIX hasta la última elección presidencial, la voluntad de una persona ha resultado determinante en el proceso de selección del candidato oficial al máximo puesto de elección en el país; los procedimientos formales, cualesquiera que estos hayan sido, simplemente no han tenido relevancia. Tras su triunfo sobre el Imperio, fue el presidente Juárez -que, el sí, contaba con un auténtico respaldo social- el que decidió que él mismo podía y debería continuar en ese puesto hasta su muerte. Como general victorioso y presidente, fue Porfirio Díaz quien tomó la

determinación de heredar el puesto a su compadre Manuel González en 1880, pero fue también él mismo quién resolvió recuperar la presidencia en 1884 y mantenerse en ella de ahí en adelante; sólo la fuerza pudo expulsarlo de ese sitio 27 años más tarde.

Excepcionalmente la candidatura presidencial de Francisco I. Madero fue producto del proceso de selección interna del Partido Antirreeleccionista. De Victoriano Huerta ni que decir, por la vía del magnicidio se hizo presidente y ni la presión de Washington lo hizo moverse de la silla; sólo la fuerza de la revolución logró sacarlo de Palacio. La candidatura presidencial de Venustiano Carranza en febrero de 1917 volvió a surgir del poder de las armas: el triunfo del constitucionalismo. Al final de su mandato, fue Carranza quien se empeñó en dejarle el puesto al oscuro ingeniero Ignacio Bonillas y no al brillante general, Alvaro Obregón; para impedir que el deseo del "Primer Jefe" se materializara, se requirió del Plan de Agua Prieta en 1920, de una rebelión y de muchos muertos, incluido el propio Carranza. Desde ese momento y hasta su asesinato en 1928, fue la voluntad de Obregón el factor fundamental para determinar quien habría de ser presidente de México: Adolfo de la Huerta en forma provisional, él propio Obregón, entre 1920 y 1924, luego su paisano y colaborador, Plutarco Elías Calles, y a partir de diciembre de 1928 de nuevo el propio Obregón. Sólo una bala impidió que el

general invicto consumara la primera reelección del nuevo régimen.

Tras el asesinato de Obregón, Calles, primero como presidente saliente y luego como "Jefe Máximo de la Revolución Mexicana", impuso, no sin arduas maniobras e intrigas palaciegas, hay que reconocerlo, a los siguientes cuatro jefes del Poder Ejecutivo: Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas. Con Lázaro Cárdenas se inicia la cadena que ya no habría de volver a romperse, y en virtud de la negociación o la fuerza, impone a quien le ha de suceder en el ejercicio del gran poder concentrado en la presidencia. Con el correr de l tiempo, el papel del partido de Estado en este proceso se fue haciendo cada vez menos relevante hasta reducirse, a partir de los años cincuenta, a poner su sella de aprobación en una decisión tomada de antemano por otro.

**El Candidato Inesperado.** Si alguna vez se llega a saber la verdad sobre el asesinato de Luis Donaldo Colosio, y suponiendo sin conceder que tamaña acción fue decidida fuera de Los Pinos, entonces hay que dejar asentado que el 23 de marzo de 1994, en Lomas Taurinas, Tijuana, alguien logró lo que no había sucedido desde 1911: si eliminar al presidente, frustrar la voluntad del líder máximo en relación a la sucesión presidencial. Sin embargo, la excepción es relativa, pues la candidatura de Ernesto Zedillo -un tecnócrata sin equipo propio ni apoyos creados de antemano dentro del PRI ni dentro de la clase

política mexicana en general-, simplemente no se puede explicar sin la intervención decisiva de Carlos Salinas. Un presidente con una voluntad de poder como la que mostró Salinas, que alcanzó niveles francamente patológicos, no podía dejar a otros el ejercicio del acto supremo de nuestro presidencialismo: el nombramiento del sucesor.

En la confusión que siguió al asesinato de Colosio - candidato del PRI por voluntad de Salinas, según el testimonio de un competidor, Manuel Camacho- nadie más que el presidente pudo neutralizar las maniobras de Fernando Ortiz Arana para intentar tomar por sorpresa, y desde el PRI, el vacío que había dejado el hombre de Magdalena de Kino. Así pues, ni en momentos excepcionales como fueron los de marzo de 1994, el partido ha podido imponerse sobre la voluntad presidencial. Los testimonios recogidos en esos días, nos dicen que Salinas señaló a quien debería seleccionarse como candidato sustituto del PRI, usando un video donde el candidato original, Colosio, elogiaba a Ernesto Zedillo. La dirigencia de un partido acostumbrado a leer la voluntad presidencial aún en los mensajes más oscuros, de inmediato hizo suya sin reservas la decisión de Salinas, y la aceptada maquinaria del PRI le dio al candidato sustituto esos 17 millones de votos que tanto le enorgullecen, pero en realidad le hubiera entregado a cualquiera que hubiera recibido el visto bueno del presidente.

**Contraproducente.** El esfuerzo de Ernesto Zedillo por separar su figura de la de Salinas, el ex presidente incómodo, es

comprensible e incluso sano para el sistema en su conjunto. Sin embargo, no es negando lo evidente que se va a lograr ese objetivo, pues el resultado es justamente el contrario. El público no solo no puede creer que "el presidente de México no escoge a su sucesor", sino que incluso puede sentirse ofendido por quien intenta obligarle a comulgar con ruedas de molino.

En realidad mejor Zedillo el problema de explicar su candidatura presidencial. En *Mis tiempos. Biografía y testimonio político I*, México: Fernández Editores, 1988, pp. 398-399), López Portillo explica así el proceso. Fue en Los Pinos, la mañana del 17 de septiembre de 1975, cuando enteradamente a solas, y tras haberle mandado un mensaje críptico con Fausto Zapata, Luis Echeverría le dijo a quien sería su sucesor: "Señor licenciado López Portillo, el Partido me ha encomendado preguntarle si acepta usted la responsabilidad de todo esto"; el interrogado sabía muy bien que la pregunta provenía no del PRI sino de Echeverría y de nadie más, pero había que cubrir las formas, y aceptó encantado. Tan el partido no había dicho nada, sino esperaba órdenes, que a López Portillo no le extrañó que Echeverría le pidiera no decir una palabra al respecto "ni a su esposa ni a sus hijos", pues antes había que lograr que "...el Partido concluya la organización y los sectores se pronuncien públicamente". Sólo hasta el día 22, el partido estuvo listo para "pronunciarse" en el sentido deseado por Echeverría. Uno tomó la decisión, el otro la puso en práctica.

En resumen, para distanciarse realmente de Carlos Salinas y de todo lo que el salinismo representa; para proclamar su independencia de todos los compromisos e intereses que hoy simbolizan lo caduco y corrupto en la vida pública mexicana, Ernesto Zedillo no tiene que pretender que su ascenso al poder no fue según las reglas reales del sistema, sino aceptar lo antidemocrático de su origen pero encabezar abiertamente el desmantelamiento del sistema que lo hizo presidente, para abrir así el camino a un futuro distinto, mejor. Eso sería lo deseable.